

EL CANTÁBRICO

DIARIO DE LA MAÑANA

Santander.—Año XIV.—Número 4708

Director: DON JOSÉ ESTRAÑA

Sábado 2 de mayo de 1908

1808.—DOS DE MAYO.—1908



EL TENIENTE RUIZ

Don Jacinto Ruiz nació en la plaza de Ccuta, de una familia distinguida, el mismo año que Velarde, es decir, el de 1779. Desde sus tiernos años manifestó un decidido entusiasmo por la carrera militar, y sus padres, dejándose llevar por estas inclinaciones, consiguieron que entrara a servir en el regimiento fijo de dicha plaza, en clase de cadete, el 17 de agosto de 1795. A los cinco años después ascendió a segundo subteniente; el 21 de enero de 1801 pasó a subteniente de voluntarios del Estado, y en 12 de marzo de 1807 obtuvo el empleo de teniente, con el cual se hallaba en las tristes escenas del 2 de mayo de 1808.

Rivalizando en heroísmo con los bravos capitanes de artillería, peleó con indecible valor desde los primeros momentos hasta sucumbir el último en la defensa del Parque.

Velarde ya no existía; y Daouz, mortalmente herido, era trasladado a su casa cuando el intrépido Ruiz continuaba la defensa desde las habitaciones interiores, sin arredrarle el verse rodeado de un ejército de franceses y abrigado aún la generosa esperanza de salvar con un esfuerzo heroico la causa por que habían perecido sus dignos compañeros.

Conducido a su casa herido de gravedad, se fugó con la herida abierta, de cuyas resultas murió a los pocos días en un pueblo de Extremadura.

HISTORIA

Después del motín de Aranjuez, inspirado por Fernando VII, que produjo la abdicación de su padre Carlos IV y la caída de Godoy, creyó España verse libre de Napoleón; pero lejos de eso, el ejército de Murat, que se hallaba en Burgos, se adelantó sobre Madrid; Carlos IV retractó su abdicación y se puso bajo la protección del emperador, quien con increíble astucia atrajo a Bayona a toda la familia real de España, cuyos príncipes no vacilaron en cederle unos derechos de que sólo la nación, como su único y legítimo dueño, podía disponer.

El 1.º de mayo, que era domingo, volviendo el generalísimo de las tropas francesas, Joaquín Murat, de una revista militar, fué silbado horrorosamente en la Puerta del Sol por los manoleros allí congregados; y esta silba, verdaderamente humillante para el general, fué el prólogo del sangriento día 2, pues Murat exigió a la Junta suprema del Estado, que estaba encargada de la gubernación durante la ausencia del rey, que dispusiese la partida a Bayona de la ex reina de Etruria y del infante don Francisco, y la Junta, no sólo accedió, sino que ordenó a las tropas españolas que, caso de ocurrir algún motín, lo sofocasen pronta y resueltamente.

FRAGMENTO

«Empobrecida y desquiciada la nación española; separado su Gobierno del interés general europeo, y aún de sus deberes domésticos y nacionales; en lamentable discordia la Real familia; enmudecido y arrumbado el pueblo español; ocupado su territorio por 100.000 bayonetas extranjeras. La capital y sus alrededores por 25.000, todo presagaba que por los mismos términos habría de correr la suerte de esta dinastía. Mas la experiencia vino a confirmar muy luego que, si sus reyes dejaban la corte y abandonaban su reino, detrás de ellos quedaba una nación. Los tumultos de Aranjuez contra el favoritismo; la conmoción que produjeron en Madrid y en provincias; los alborotos de Toledo y Burgos; el odio que rebasaba ya en todas partes contra los llamados huéspedes, desencadenados los vientos de la indignación, la plebe alborotada, el mar de las pasiones mugiendo y la ira de las multitudes amenazando, todo hacía temer la gran tempestad que por fin estalló en Madrid en las primeras horas del 2 de Mayo de 1808.

Desde muy temprano, hombres y mujeres del pueblo se agolparon a las puertas del Real Palacio para impedir la salida de los infantes. A medida que se aumentaban las turbas crecía la efervescencia. El enojo tanto tiempo concentrado iba manifestándose por momentos, no ya en ira, sino en desesperación y rabia. Y a la manera que en una mina bien preparada la más ligera chispa produce la explosión, no de otro modo el grito de una anciana: «¡que nos los llevan!», fué como la ex-

plosión que hizo prorrumpir en llanto a las mujeres y en alboroto y amenazas a los hombres. El ruido de las olas de aquel mar embravecido llegó a oídos del jefe del ejército invasor, el cual, sin aviso ni intimación de ninguna clase, ordenó que aquella muchedumbre atumultuada, aunque inermes, fuese dispersada a balazos. Los primeros disparos y el desparramarse aquella por todos los ángulos de la villa, fueron el principio de la insurrección, en la que hombres, mujeres, jóvenes, ancianos, niños y personas de todas las profesiones y clases tomaron parte, cada cual como mejor pudo, con armas, con cuchillos ó con piedras, en las calles, en las encrucijadas y tras cada esquina, arrojando sobre los enemigos desde los balcones, bohardillas y azoteas cuantos proyectiles encontraban a la mano. Esfuerzos inauditos de valor y personal denuedo se vieron, y rasgos de generosidad española mostráronse también con aquellos de los enemigos que imploraban clemencia. Las calles principales, donde era más empeñada la lucha, fueron barridas por la metralla. Un grupo de paisanos acordó a dirigirse entonces al Parque viejo de Artillería a proveerse de armas, en ocasión en que acababan de entrar dos oficiales del mismo cuerpo. Eran Daouz y Velarde. Los paisanos, desde fuera, clamoreaban intentando romper la puerta con piedras y palos, al son de furibundos gritos de guerra y muerte. Los pocos artilleros que había dentro esperaban órdenes de Daouz, como el jefe más antiguo. Indeciso éste, luchaba como militar pundonoroso y español decidido, entre los deberes de la Ordenanza y los de la patria. Cuando pensaba que tomar una resolución extrema, faltó enteramente de medios de ataque, era exponer a un pueblo noble a la venganza de su enemigo cruel é implacable, vacilaba. Mas



Monumento a los héroes del 2 de mayo por MARINIS

se enardecía su espíritu cuando tanteaba que la independencia de su patria, que tal vez los destinos de la Europa, estaban encerrados en el primer cañonazo que de su orden se disparase. Y en tanto que él duda, vacila y tantea, los paisanos redoblan el vocerío y los golpes, pidiendo armas y vitoreando al rey. Y de pronto, como si una iluminación súbita hubiera descubierto a Daouz el velo del porvenir, envaina el sable, manda franquear la sala de armas, abre él mismo la puerta a los paisanos, arrinconan a la fuerza enemiga, se arman; unos se echan a la calle, otros se apostan en las ventanas del edificio, y colocan cañones a la puerta. Las tropas contrarias se acercan, y a la voz de «¡fuego, artilleros!», se dispara el primer cañonazo, cuyo estampido fué a retumbar hasta la postrera de las naciones. Los primeros batallones son arrollados, no sin caer mortalmente herido Velarde y quedar muchos soldados y paisanos fuera de combate. El fuego se sostiene empeñadamente durante una hora, y cuando no pasaban ya de sesenta los combatientes y se acababan las municiones, se vió desembocar por la calle Ancha de San Bernardo, en la que era entonces de San José, una columna enemiga de 2.000 hombres. Aquel puñado de valientes, ni se retira, ni se rinde, ni capitula; avanzando aquella masa de carne y de plomo, los ahoga. En ese reencuentro pereció Daouz cuando ya era muerto Velarde. ¡Lloro eterno a su memoria! El Consejo de Castilla los apellidó *faciosos*; hoy dice su patria que son los primeros mártires de la libertad española. ¡Paz! ¡paz!—se grita al concluir esta jornada por todos los cuarteles de Madrid. A esta voz y a la promesa de reconciliación y olvido, retiranse los paisanos, fatigados y sin armas. La población al parecer, quedó tranquila.»

FERNANDO DE CASTRO.

DEDICATORIA

Rindiendo el homenaje debido a los defensores de la Libertad y de la Independencia nacionales, «El Cantábrico» dedica este número a ensalzar la memoria de quienes, anteponiendo el fuego sagrado de su patriotismo a las antipatrióticas órdenes de disciplina, supieron escribir, con los caracteres imborrables de su sangre heroica, el sublime prólogo que adorna la historia de la Independencia española. Y con la memoria de aquellos cuyas efígies se contemplan en las altas cimas de la inmortalidad, trae a estas columnas un recuerdo para los innumerables españoles que, embalsamados en su propia sangre, yacen sepultados en la Historia con el atributo, a un tiempo glorioso y anónimo de «Mártires de la Libertad».

LA REDACCIÓN

Pedro Velarde

El inmortal montañés don Pedro de Velarde y Santiyán, vino al mundo en el inmediato pueblo de Muriedas, del valle de Camargo, el día 19 de octubre de 1779, según acredita la fe de bautismo que publicamos en otro lugar. Fueron sus padres don José de Velarde Herrera y doña Luisa de Santiyán.

Elegida la carrera de las armas como la más a propósito para un joven de su condición social, ingresó a los 14 años en el Colegio de Artillería de Segovia, y consta que en él dió tan señaladas muestras de un talento nada común, que sus profesores hubieron de considerarle en grado sumo, guardándole deferencias que pocas veces se otorgan a quien verdaderamente no es digno de ellas por sus excelentes prendas personales é intelectuales. En el citado Colegio de artillería desempeñó Velarde el cargo de brigadier de una compañía; fué ascendido a subteniente el 11 de enero de 1799 y se le destinó en 1801 al ejército que operaba contra Portugal.

En esta expedición le fueron encomendadas algunas graves comisiones, para cuyo desempeño ni la edad ni el carácter de Velarde parecían prendas suficientes, pero el talento de nuestro paisano suplió con creces

aquellas faltas y dió fin a su cometido con notable acierto, sin que, por causas no del momento, estos méritos le conquistasen recompensa alguna, sino fué un aumento de respeto y estimación entre sus jefes y compañeros.

Ascendido por antigüedad al empleo de teniente, en 12 de julio de 1802, se le destinó al 4.º regimiento, en cuyo puesto permaneció hasta que dos años más tarde, en 1804, fué promovido, también por antigüedad, a capitán del 5.º regimiento. Poco después—en 1.º de agosto del mismo año—fué destinado como profesor a la Academia de Segovia, y allí permaneció hasta el año de 1806 que le fué conferida la secretaría de la Junta superior económica del Cuerpo de Artillería, establecida en Madrid, cargo este último que desempeñaba en los momentos en que comenzó a extenderse por Madrid el espantoso zumbido patriótico que poco



después estalló con toda la bravura del alma nacional.

Velarde, en quien si mucho podía su amor a la disciplina, podía ahora bastante más el santo amor a su patria, no quiso esperar el final de los acontecimientos, se levantó de su puesto y, cogiendo rápidamente el fusil de un ordenanza, se precipitó a la defensa del Parque, donde halló la gloriosa muerte que le ha hecho pasar inmortal a la Historia.

POR LA PATRIA

A don José Estraña, Director de EL CANTÁBRICO

Mi querido amigo: Tengo mucho gusto en acudir a su llamamiento con estas cuartillas, que me pide para un homenaje a Velarde. Y como voy a contribuir también al que hace el Ayuntamiento de esa culta ciudad, que me ha hecho el honor de invitarme a ese mismo fin, para no repetir ideas no explicaré ahora la grandeza sublime del héroe montañés, ni me referiré a lo que allí trate; y, dejando para entonces el pensar, me limitaré ahora a sentir, y voy a dar un grito patriótico con sus enseñanzas.

Porque, a mi parecer, no debemos limitarnos a cantar las glorias que halagan nuestra vanidad y adormecen las almas y las estancan en las ideas preconcebidas. Esto creo yo que lo pueden hacer los pueblos que han legado a las altas nociones de la moral y de la conveniencia ó que, al menos, se han hecho cargo de ellas con juicio y son por eso poderosos y considerados; pero nuestro pueblo misero, en donde todo está perturbado y descompuesto, donde nadie tiene confianza en los tribunales y en todos estamos persuadidos de la impotencia de nuestro Ejército, y todos espectamos indiferentes ante la intranquencia, fanatismo y simonía de nuestro clero, y, por último, todos padecemos como sufridos nuestros Gobier-

nos; pero nuestro pueblo, cuyas costumbres y aspiraciones están basadas en un convencionalismo artificioso y falso, en donde no halla fácil acomodo ni la razón ni la virtud, que tienen que andar por eso ó retraídas ó errantes, y donde la moral está por eso reducida, ó a sacrificar la razón a los fanatismos del clero ó a que no sobrevengan perjuicios a los intereses egoístas, y a cubrir, en todo caso, las apariencias...; pero nuestro pueblo, que está, por todo esto, débil y rendido: ayer, víctima de desmembraciones terribles en nuestro territorio; hoy, víctima de una descomposición horrorosa, que se manifiesta por el bandolerismo, y el terrorismo, y el catalanismo, y los bizkaitarras, y una emigración tremenda de la gente vigorosa en todas las provincias, y una caciquería repugnante y una sempiterna y estéril fraseología-retórica en nuestros Gobiernos, sin que podamos desenredarnos de ellos y sin que pueda salir ninguna idea ni ningún hombre nuevo, porque ni hay ni se puede hacer ambiente para ellos... Nosotros, en esas condiciones tan deplorables, no debemos ni podemos contentarnos con eso; necesitamos hacer algo más elevado que eso...; necesitamos elevar nuestros corazones a los altos conceptos de la patria, de la moral, del honor y del deber que nos legó Velarde en el cruento sacrificio de su muerte, y que cuando vayamos a depositar una corona, en traje de fies-



Defensa del Parque, por SOROLLER

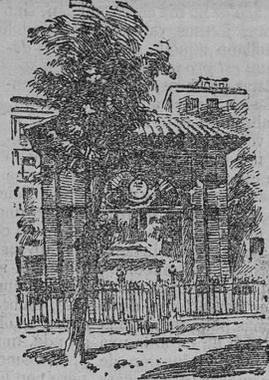
ta, entre músicas, flámulas y colgaduras y el concurso de las gentes, a los pies del héroe, estemos persuadidos de que para él no era la patria ni el rey, ni el rey con el Gobierno, que mandaban obediencia a Murat y que no hicieron el Ejército pacto con el paisanaje, sino esto: la nación, el pueblo; en que para él no era la moral esa fórmula acomodaticia, entonces y ahora usada por el Ejército, de servir a los Gobiernos constituidos, sino en sentir la voz de la dignidad y de la justicia y en servir a la voluntad nacional; en que para él no estaba el honor en respetar las juradas categorías sociales sino en tanto que ellas no se oponen a la dignidad y la justicia y la voluntad de la nación; en que para él esos conceptos de esa patria, de esa moral y de ese honor es lo que contribuye al deber, y que todos estamos obligados a dirigir la opinión hacia esos buenos principios, y en último resultado, a sostenerlos con nuestras energías, y si es preciso a morir por ellos, y que es por estos caminos y estos hechos por donde se llega al bien!

Apredendo y no lo olvidéis, vosotros los buenos ciudadanos; y, sobre todo, los que por padres ó por maestros ó por simples inspiradores de la opinión educáis la juventud.

BALDOMERO VILLEGAS.
Córdoba, abril de 1908.

EL ARCO DE MONLEON, EL CENTENARIO DEL 2 DE MAYO Y EL CUERPO DE ARTILLERIA

El Parque de Artillería, que estaba instalado el 2 de mayo de 1808 en el palacio de los duques de Monleón, fué teatro dicho día del épico suceso cuyo centenario va a celebrar España entera, en que con el luto, las lágrimas y el patriotismo de los madrileños, se unieron la abnegación y el heroísmo de los capitanes de artillería Daouz y Velarde, realizando con premeditado empeño la epopeya más grande del siglo XIX.



Puerta del Parque

El año 1808 se demolieron las tapias que cercaban el citado palacio, acordando el digno Ayuntamiento de Madrid respetar la histórica puerta de Monleón, testigo mudo y venerable de aquel suceso, bajo el que rodaron los cañones que por las manos de Daouz y Velarde sembraron de metralla al invasor, y cuyos estampidos repercutieron en toda Europa, pregonando la entereza de nuestra raza; por ese arco penetró el pueblo de Madrid, héroe de furor, a dar su vida por el honor de la patria; por él pasaron los cadáveres de Daouz y Velarde destruidos a bayonetas y por la metralla enemiga; por él desfiló el grandioso cortejo fúnebre el 2 de mayo de 1814, conduciendo las cenizas de los heroicos capitanes en un gran carro de triunfo, proyectado y construido por los artilleros, colocando entre los simbólicos atributos que le adornaban el escudo de la heroica villa con el lema: «Lloró al pueblo de Madrid», sobre los cañones que ostentaba el carro, significando la fraternidad existente entre el pueblo y la artillería, a cuyo cortejo se unió el comité que esperaba en el Campo de la Lealtad con los demás preciosos restos, y juntos se encaminaron a la iglesia de San Isidro. Aquí permanecieron tan precizadas cenizas hasta 1.º de mayo de 1890, que, depositadas en cajas de zinc las de Daouz y Velarde, fueron conducidas al día siguiente al sarcófago del Campo de la Lealtad, juntamente con las que contenían las de las otras víctimas, inaugurándose la procesión anual que desde entonces se celebra.

Por acuerdo del Ayuntamiento de Madrid, en 1808, se accedió a lo solicitado por el pueblo y Cuerpo de Artillería, haciendo solemne entrega del citado «Arco de Monleón» en 30 de abril a la «Asociación de la Santa Cruz y Víctimas del 2 de mayo», cuya acta de cesión se firmó bajo el arco glorioso.

El Cuerpo de Artillería, con motivo del centenario que ahora se celebra, ha acordado solicitar del Ayuntamiento de Madrid que, procurando conciliar las exigencias del ornato público con la conservación de monumentos que recuerden honor y patriotismo ejemplares, se conserven con solicitud el citado «Arco de Monleón» y sirva a la vez de símbolo adecuado a la plaza del 2 de Mayo.

No debo cerrar estas líneas sin mostrar la gratitud imperecedera de todo el Cuerpo de Artillería hacia la Montaña toda, que tuvo la suerte de contar entre sus hijos al inmortal don Pedro Velarde y Santiyán, honra y prez del citado Cuerpo, al celebrar con gran pompa el centenario del suceso más glorioso que registra la historia moderna, y del cual resultaron los heroicos capitanes Daouz y Velarde los propulsores de la conmoción nacional que nos llevó a la guerra de la Independencia.

JUAN M. DE LAS CAGIGAS.



LUIS DAOUZ

Don Luis Daouz había nacido en Sevilla el año 1767, entrando a los 15 años en el Colegio de Artillería de Segovia.

En 1787 ascendió a subteniente, con cuyo empleo se halló en la defensa de la plaza de Ccuta el año 1790, y en la de Orán en 1791, habiéndose hecho notar por su valor y su pericia en ambas ocasiones. Ascendió a teniente el año 1792, pasó a servir en el ejército de Cataluña durante la guerra de 1795 contra los franceses, y el 25 de noviembre cayó prisionero, en cuyo estado permaneció hasta que se ajustó la paz.

Durante el bloqueo de Cádiz se le confió el mando de una tartana cañonera con hornillo de bala roja; se halló en el valeroso ataque de unas cuantas lanchas contra el navio inglés *Poboscio*, y más tarde, embarcado en el navio *San Ildefonso*, hizo dos viajes redondos al continente é islas de América, todo durante la guerra con Inglaterra.

El heroísmo demostrado en la defensa del Parque de Monleón, donde halló muerte gloriosa, le ha inmortalizado, en compañía de Velarde.

Sus descendientes llevan hoy los títulos de conde de Daouz, vizconde del Parque, en memoria de aquella heroica jornada, comienzo de una lucha que dió por resultado la reconquista y la independencia nacional.

CLARIVIDENCIA DE VELARDE

Mal conocen al inclito Velarde quienes sólo estiman en su acción gloriosa el hecho de morir en desigual pelea. No le tributan el honor que en justicia le corresponde los que le igualan ó comparan con otros bravos que, combatiendo a su lado, hicieron a la patria la ofrenda de su vida.

Lo que eleva a nuestro héroe sobre el nivel de la usual bizarría hasta la cumbre inaccesible del meditado sacrificio, es la clarividencia de su patriotismo; que supo adivinar y se esforzó en vencer el mayor de los peligros que han combatido a nuestra nación, mucho antes de que naciera en gobernados y gobernantes la menor sospecha contra las maquinaciones de nuestros aliados. Deber nuestro es proclamar el hecho, poco conocido, de que Velarde ideó y organizó, valiéndose del enorme prestigio de que en el Cuerpo de Artillería gozaba, una confabulación que tenía por fin la expulsión de los invasores; que a ella se asociaron con noble entusiasmo todos los artilleros de España, y que se conservan minuciosos trabajos suyos encaminados a tal fin, bastantes para probar que el sabio matemático era inteligentísimo soldado. Aquel plan admirable fue destruido por O'Farril, a quien Velarde tuvo que confiarlo, como ministro de la Guerra, cuando llegó el momento de realizarlo.

Al ver esterilizados sus esfuerzos, Daouz y Velarde decidieron morir por la patria, ya que no les consentían salvarla.

Su sacrificio voluntario y sublime, su protesta desesperada, no fué estéril. Dios hizo que el grito indignado hallara ecos de entusiasmo en el corazón de un pueblo viril, y retumbando en Bailén, Zaragoza y Gerona, el que fuera al comienzo grito de angustia y dolor, acabó por llenar el mundo con estruendo victorioso.

¡Lloró a los que regaron con su sangre el árbol sagrado de nuestra independencia, y lloró al pueblo en cuya tenacidad arraiga firme y robusto, desafiando las tempestades venideras como resistió las de la Historia!

J. MATEOS.

IMPROVISACION

DELANTE DEL MONUMENTO DEL DOS DE MAYO

Ayes de amor con lágrimas de ira lanza mi corazón, cuando contemplo vuelta en altar vuestra mortuoria pira, vuestro sepulcro transformado en templo! ¡Cuánta veneración al alma inspira, manes sagradas, vuestro ilustre ejemplo! ¡Salve! Tres veces salve a la memoria de tanta lealtad y tanta gloria! Víctimas al honor sacrificadas del acero invasor al cruento filo, sobre el polvo do fulisteis inmoladas, España os alza panteón tranquilo. Sin venganza yacéis, mas no olvidadas; vuestra memoria, al recibir asilo en sus pechos, dejó a los castellanos ira en el corazón, hierro en las manos.

José ZORRILLA.

Abril 22, 1849.

Es dulce y bello morir por la patria. —HORACIO.

EL DOS DE MAYO

POR

BENITO PÉREZ GALDÓS

XXIX

Cuando los franceses trataban de tomar las piezas a la bayoneta, sin cesar el fuego por nuestra parte, eran recibidos por los paisanos con una batería de navajas, que causaban pánico y desaliento entre los héroes de las Pirámides y de Jena, al paso, que el arma blanca en manos de estos aguerridos soldados no hacía gran estrago moral en la gente española, por ser ésta de muy antiguo aficionada a jugar con ella. Los españoles, al verse de este modo heridos, antes enfurecían que desmayaban. Desde mi ventana, abierta a la calle de San José, no se veía la inmediata de San Pedro la Nueva, aunque la casa hacia esquina a las dos; así es que yo, teniendo siempre a los españoles bajo mis ojos, no distinguía a los franceses sino cuando intentaban caer sobre las piezas, desafiando la metralla, el plomo, el acero y hasta las implacables manos de los defensores del Parque. Esto pasó una vez, y cuando lo vi, parecióme que todo iba a concluir por el sencillo procedimiento de destrozarse simultáneamente unos a otros; pero nuestro valiente paisanaje, sublimado por su propio arrojo y por el ejemplo, la pericia y la inverosímil constancia de los dos oficiales de Artillería, rechazaba las bayonetas enemigas, mientras sus navajas hacían estragos, rematando la obra de los fusiles.

Cayeron algunos, muchos artilleros, y buen número de paisanos; pero esto no desalentaba a los madrileños. Al paso que uno de los oficiales de Artillería hacía uso de su sable con fuerte puño, sin desatender el cañón, cuya cureña servía de escudo a los paisanos más resueltos, el otro, acaudillando un pequeño grupo, se arrojaba sobre la avanzada francesa, destruyéndola antes de que tuviera tiempo de reponerse. Eran aquellos los dos oficiales oscuros y sin historia que en un día, en una hora, haciéndose, por inspiración de sus almas generosas, instrumento de la conciencia nacional, se anticiparon a la declaración de guerra por las Juntas y descargaron los primeros golpes de la lucha que empezó a abatir el más grande poder que se ha señoreado del mundo. Así sus ignorados nombres alcanzaron la inmortalidad.

El estruendo de aquella colisión, los gritos de unos y otros, la heroica embriaguez de los nuestros, y también de los franceses, pues éstos evocaban entre sí sus grandes glorias para salir bien de aquel empeño, formaban un conjunto terrible, ante el cual no existía el miedo, ni tampoco era posible resignarse a ser inmóvil espectador. Causaba rabia, y al mismo tiempo cierto júbilo inexplicable, lo desigual de las fuerzas y el espectáculo de la superioridad adquirida por los débiles a fuerza de constancia. A pesar de que nuestras bajas eran inmensas, todo parecía anunciar una segunda victoria. Así lo comprendían, sin duda, los franceses, retirados hacia el fondo de la calle de San Pedro la Nueva; y viendo que para meter en un puño a los veinte artilleros, ayudados de paisanos y mujeres, era necesaria más tropa con refuerzos de todas armas, trajeron más gente, trajeron un ejército completo, y la división de San Bernardino, mandada por Lefranc, apareció hacia las Salesas Nuevas con varias piezas de artillería. Los imperiales daban al Parque, cercado de mezquinas tapias, las proporciones de una fortaleza, y a la abigarrada pandilla las proporciones de un pueblo.

Hubo un momento de silencio, durante el cual no oí más voces que las de algunas mujeres, entre las cuales reconocí la de la Primorosa, enronquecida por la fatiga y el perpetuo gritar. Cuando en aquel breve respiro me aparté de la ventana, vi a Juan de Dios completamente desvanecido. Inés estaba a su lado presentándole un vaso de agua.

—Este buen hombre—dijo la huérfana—ha perdido el tino. ¡Tan grande es su valor! Verdad que la cosa no es para menos. Yo estoy muerta. ¿Se ha acabado, Gabriel? Ya no se oyen tiros. ¿Ha concluido todo? ¿Quién ha vencido?

Un cañonazo resonó estremeciendo la casa. A Inés cayósele el vaso de las manos, y en el mismo instante entró don Celestino, que observaba la lucha desde otra habitación de la casa.

—Es la artillería francesa—gritaba—. Ahora es ella. Traen más de doce cañones. ¡Jesús, María y José nos amparen! Van a hacer polvo a nuestros valientes paisanos. ¡Señor de justicia! ¡Virgen María, santa patrona de España!

Juan de Dios abrió sus ojos buscando a Inés con una mirada calmada y apagada como la de un enfermo. Ella, en tanto, puesta de rodillas ante la imagen, derramaba abundantes lágrimas.

—Los franceses son innumerables—continuó el cura—. Vienen cientos de miles. En cambio los nuestros son menos cada vez. Muchos han muerto ya. ¿Podrán resistir los que quedan? ¡Oh!, Gabriel, y usted, caballero, quien quiera que sea, aunque presumo será español: ¿están ustedes en paz con su conciencia, mientras nuestros hermanos pelean abajo por la patria y por el rey? Hijos míos, ánimo: los franceses van a atacar por tercera vez. ¿No veis cómo se aperceben los nuestros para recibir-

los con tanto brío como antes? ¿No oís los gritos de los que han sobrevivido al último combate? ¿No oís las voces de esa noble juventud? Gabriel, usted, caballero, quien quiera que sea, ¿habéis visto a las mujeres? ¿Darán lección de valor esas heroicas hembras a los varones que huyen de la honrosa lucha?

—Al decir esto, el buen sacerdote, con una alteración que hasta entonces jamás había advertido en él, se asomaba al balcón, retrocedía con espanto, volvía los ojos a la imagen de la Virgen, luego a nosotros, y tan pronto hablaba consigo mismo como con los demás.

—Si yo tuviera quince años, Gabriel—continuó—; si yo tuviera tu edad... Francamente, hijos míos, yo tengo un miedo horroroso. En mi vida había visto una guerra, ni oído jamás el estruendo de los mortíferos cañones; pero lo que es ahora cogería un fusil; sí, señores, lo cogería... ¿No veis que va escaseando la gente? ¿No veis cómo los barre la metralla?... Mirad aquellas mujeres que con sus brazos despedazados empujan uno de nuestros cañones hasta embocarle en esta calle. Mirad aquel montón de cadáveres del cual sale una mano increpando con terrible gesto a los enemigos. Parece que hasta los muertos hablan, lanzando de sus bocas exclamaciones furiosas... ¡Oh!, yo tiemblo, sostenedme; no, dejadme tomar un fusil, lo tomaré yo. Gabriel, caballero, y tú también, Inés, vamos todos a la calle, a la calle, ¿Oís? Aquí llegan las vociferaciones de los franceses. Su artillería avanza. ¡Ah, perros! todavía somos suficientes, aunque pocos. ¿Queréis a España? ¿Queréis este suelo? ¿Queréis nuestras casas, nuestras iglesias, nuestros reyes, nuestros santos? Pues ahí está, ahí está dentro de esos cañones lo que queréis. Acercaos. ¡Ah! Aquellos hombres que hacían fuego desde la tapia han perecido todos. No importa. Cada muerto no significa más sino que un fusil cambia de mano, porque antes de que pierda el calor de los dedos heridos que lo sueltan, otros lo agarran... Mirad: el oficial que los manda parece contrariado; mira hacia el interior del Parque, y se lleva la mano a la cabeza con ademán de desesperación. Es que los faltan balas, les falta metralla. Pero ahora sale el otro con una cesta de piedras de chispa. Cargan con ellas, hacen fuego... ¡Oh! que vengan, que vengan ahora. ¡Miserables! España tiene todavía piedras en sus calles para acabar con vosotros... Pero, ¡ay! los franceses parece que están cerca. Mueren muchos de los nuestros. Desde los balcones se hace mucho fuego; mas esto no basta. ¡Si yo tuviera veinte años!... Si yo tuviera veinte años, tendría el valor que ahora me falta, y me lanzaría en medio del combate, y a palos, sí, señores, a palos acabaría con todos esos franceses. Ahora mismo, con mis sesenta años...

Gabriel, ¿sabes tú lo que es el deber? ¿Sabes tú lo que es el honor? Pues para que lo sepas, oye: yo, que soy un viejo inútil; yo, que nunca he visto un combate; yo, que jamás he disparado un tiro; yo, que en mi vida he peleado con nadie; yo, que no puedo ver matar un pollo; yo, que nunca he tenido valor para ver matar un gusanito; yo, que siempre he tenido miedo a todo; yo, que ahora tiemblo como una liebre, y a cada tiro que oigo parece que entrego el alma al Señor, voy a bajar al instante a la calle, no con armas, porque armas no me corresponden, sino para alentar a esos valientes, diciéndoles en castellano aquello de: *Dulce et decorum est pro patria mori!*

Estas palabras, dichas con un entusiasmo que el anciano no había manifestado ante mí sino muy pocas veces, y siempre desde el púlpito, me enardecieron de tal modo que me avergoncé de reconocirme cobarde espectador de aquella heroica lucha, sin disparar un tiro ni lanzar una piedra en defensa de los míos. A no contenerme la presencia de Inés, ni un instante habría yo permanecido en aquella situación. Después, cuando vi al buen anciano precipitarse fuera de la casa, dichas sus últimas palabras, miedo y amor se oscurecieron en mí ante una grande, una repentina iluminación de entusiasmo, de esas que raras veces, pero con fuerza poderosa, nos arrastran a las grandes acciones.

Inés hizo un movimiento como para detenerme; pero sin duda su admirable buen sentido comprendió cuánto habría desmerecido a mis propios ojos cediendo a los reclamos de la debilidad, y se contuvo, ahogando todo sentimiento. Juan de Dios, que al volver de su desmayo era completamente extraño a la situación en que nos encontrábamos, y no parecía tener ojos ni oídos más que para espectáculos y voces de su propia alma, se adelantó hacia Inés con ademán embarazoso, y le dijo:

—Pero Gabriel habrá enterado a usted de todo. ¿La he ofendido a usted en algo? Bien habrá comprendido usted... Este caballero—dijo Inés—está muerto de miedo, y no se moverá de aquí. ¿Quiere usted esconderse en la cocina? —¡Miedo! ¡Que yo tengo miedo!—exclamó el 'maneco' con un repentino arrebató que le puso encendido como la grana—. ¿A dónde vas, Gabriel? —A la calle—respondí saliendo—. A pelear por España. Yo no tengo miedo. —Ni yo, ni yo tampoco—afirmó resuelta, furiosamente, Juan de Dios, corriendo detrás de mí.

—¡Levantarme? Ya no tengo piernas. ¿Traes tú pólvora? Dame acá: yo te cargaré el fusil... Pero me caigo redondo. ¿Ves esta sangre? Pues es toda mía y de este compañero que ahora se va... Ya expiró... Adiós, Juancho; tú al menos no verás a los franceses en el Parque. Hice fuego repetidas veces: al principio muy torpemente, y después con algún acierto, procurando siempre dirigir los tiros a algún francés claramente destacado de los demás. Entre tanto, y sin cesar en mi faena, oí la voz del amolador que, apagándose por grados, decía: —Adiós, Madrid, ya me encandilo... Gabriel, apunta a la cabeza. Juancho, que ya estás tieso, allá voy yo también: Dios sea conmigo y me perdone. Nos quitan el Parque; pero de cada gota de esta sangre saldrá un hombre con su fusil, hoy, mañana y al otro día. Gabriel, no cargues tan fuerte, que revienta. Ponte más adentro. Si no tienes navaja, búscala, porque vendrán a la bayoneta. Toma la mía. Allí está junto a la pierna que perdí... ¡Ay!, ya no veo más que un cielo negro. ¡Qué humo tan negro! ¿De dónde viene ese humo? Gabriel, cuando esto se acabe, ¿me darás un poco de agua? ¿Qué ruido tan atroz!... ¿Por qué no traen agua?... ¡Agua, Señor Dios Poderoso! ¡Ah!, ya veo el agua: ahí está. La traen unos angelitos: es un chorro, una fuente, un río...

—Mi general—decía a Daoiz—. Mientras su merced y yo estamos aquí, no se perderán las Españas ni sus Indias... Allá va el petardo... Venga ahora acá el destupidor. ¿Cómo rempuja pa tras este animal cuando suelta el tiro! ¡Ah! ¿Ya estás aquí, Tripita?—gritó al verme—. Toca este instrumento y verás lo bueno.

El combate llegaba a un extremo de desesperación, y la artillería enemiga avanzó hacia nosotros. Animados por Daoiz, los heroicos paisanos pudieron rechazar por última vez la infantería francesa, que en pequeños pelotonese destacaba de la fuerza enemiga.

—¡Eal—gritó la Primorosa cuando volvió a comenzar el fuego de cañón—. Atrás, que yo gasto malas bromas. ¿Vió usted cómo se fueron, señor general? Sólo con mirarlos yo con estos recelesiales ojos, les hice volver pa tras. Van muertos de miedo. ¡Viva España y muera Napoleón!... Chinitas; ¿no está por ahí Chinitas? Ven acá, cobarde, calzonazos.

Y cuando los franceses, replegando su infantería, volvieron a cañonearnos, ella, después de ayudar a cargar la pieza, prosiguió gritando: —Renacuajos, volved acá. Ea, otro paseito. Sus mercedes quieren conquistarme a mí, ¿no verán? Pues aquí me tenéis. Vengan acá: soy la reina, sí, señores; soy la emperadora del Rastro, y yo acostumbré a fumar en este cigarro de bronce, porque no las gasto menos. ¿Quiéren ustedes una chupadita? Pos allá va. Desapártense pa que no les salpique la saliva; si no...

La heroica mujer cayó de improviso, porque la otra maja que cerca de ella estaba, cayó tan violentamente herida por un casco de metralla, que de su despedazada cabeza saltaron salpicándonos, repugnantes pedruzcos. La esposa de Chinitas, que también estaba herida, miró el cuerpo expirante de su amiga. Debo consignar aquí un hecho trascendental: la Primorosa se puso repentinamente pálida y repentinamente seria. Tuvo miedo.

Llegó el instante crítico y terrible. Durante él sentí una mano que se apoyaba en mi brazo. Al volver los ojos, vi un brazo azul con charreteras de capitán. Pertenece a don Luis Daoiz, que, herido en la pierna, hacía esfuerzos por no caer al suelo, y se apoyaba en lo que encontró más cerca. Yo extendí mi brazo alrededor de su cintura, y él, cerrando los puños, elevándose convulsivamente al cielo, apretando los dientes y mordiéndose después el pomo de su sable, lanzó una imprecación, una blasfemia, que habría hecho desplomar el firmamento si lo de arriba obedeciera a las voces de abajo.

En seguida se habló de capitulación y cesaron los fuegos. El jefe de las fuerzas francesas acercóse a nosotros, y en vez de tratar decorosamente de las condiciones de la rendición, habló a Daoiz de la manera más destemplada y en términos amenazadores y groseros. Nuestro inmortal artillero pronunció entonces aquellas célebres palabras: *Si fuérais capaz de hablar con vuestro sable, no me trataríais así.* El francés, sin atender a lo que le decía, llamó a los suyos, y en el mismo instante... Ya no hay narración posible, porque todo acabó. Los franceses se arrojaron sobre nosotros con empuje formidable. El primero que cayó fue Daoiz, trasapado el pecho a bayoneteazos. Retrocedimos precipitadamente hacia el interior del Parque todos los que pudimos, y como aun en aquel trance espantoso quisiera contenernos don Pedro Velarde, le maté de un pistoletazo por la espalda un oficial enemigo. Muchos fueron implacablemente pasados a cuchillo; pero algunos y yo pudimos escapar, saltando velozmente por entre escombros, hasta alcanzar las tapias de la parte más honda, y allí nos dispersamos, huyendo cada cual por donde encontró mejor camino, mientras los franceses, bramando de ira, indicaban con sus alaridos al aterrado vecindario que Montealeón había quedado por Bonaparte.



XXX

Llegué a la calle en momentos muy críticos. Las dos piezas de la calle de San Pedro habían perdido gran parte de su gente, y los cadáveres obstruían el suelo. La colocada hacia Poniente había de resistir el fuego de la de los franceses, sin más garantía de superioridad que el heroísmo de don Pedro Velarde y el auxilio de los tiros de fusil. Al dar los primeros pasos encontré uno y me situé junto a la entrada del Parque, desde donde podía hacer fuego hacia la calle Ancha, resguardado por el machón de la puerta. Allí se me presentó una cara conocida, aunque horriblemente desfigurada, en la persona de Pacorro Chinitas, que incorporándose entre un montón de tierra y el cuerpo de otro infeliz, ya moribundo, hablome así con voz desfallecida:

—Gabriel, yo me acabo; yo no sirvo ya para nada. —Animo, Chinitas—dije, devolviéndole el fusil que caía de sus manos—; levántate.

—¿Levantarme? Ya no tengo piernas. ¿Traes tú pólvora? Dame acá: yo te cargaré el fusil... Pero me caigo redondo. ¿Ves esta sangre? Pues es toda mía y de este compañero que ahora se va... Ya expiró... Adiós, Juancho; tú al menos no verás a los franceses en el Parque.

Hice fuego repetidas veces: al principio muy torpemente, y después con algún acierto, procurando siempre dirigir los tiros a algún francés claramente destacado de los demás. Entre tanto, y sin cesar en mi faena, oí la voz del amolador que, apagándose por grados, decía:

—Adiós, Madrid, ya me encandilo... Gabriel, apunta a la cabeza. Juancho, que ya estás tieso, allá voy yo también: Dios sea conmigo y me perdone. Nos quitan el Parque; pero de cada gota de esta sangre saldrá un hombre con su fusil, hoy, mañana y al otro día. Gabriel, no cargues tan fuerte, que revienta. Ponte más adentro. Si no tienes navaja, búscala, porque vendrán a la bayoneta. Toma la mía. Allí está junto a la pierna que perdí... ¡Ay!, ya no veo más que un cielo negro. ¡Qué humo tan negro! ¿De dónde viene ese humo? Gabriel, cuando esto se acabe, ¿me darás un poco de agua? ¿Qué ruido tan atroz!... ¿Por qué no traen agua?... ¡Agua, Señor Dios Poderoso! ¡Ah!, ya veo el agua: ahí está. La traen unos angelitos: es un chorro, una fuente, un río...

—Mi general—decía a Daoiz—. Mientras su merced y yo estamos aquí, no se perderán las Españas ni sus Indias... Allá va el petardo... Venga ahora acá el destupidor. ¿Cómo rempuja pa tras este animal cuando suelta el tiro! ¡Ah! ¿Ya estás aquí, Tripita?—gritó al verme—. Toca este instrumento y verás lo bueno.

El combate llegaba a un extremo de desesperación, y la artillería enemiga avanzó hacia nosotros. Animados por Daoiz, los heroicos paisanos pudieron rechazar por última vez la infantería francesa, que en pequeños pelotonese destacaba de la fuerza enemiga.

—¡Eal—gritó la Primorosa cuando volvió a comenzar el fuego de cañón—. Atrás, que yo gasto malas bromas. ¿Vió usted cómo se fueron, señor general? Sólo con mirarlos yo con estos recelesiales ojos, les hice volver pa tras. Van muertos de miedo. ¡Viva España y muera Napoleón!... Chinitas; ¿no está por ahí Chinitas? Ven acá, cobarde, calzonazos.

Y cuando los franceses, replegando su infantería, volvieron a cañonearnos, ella, después de ayudar a cargar la pieza, prosiguió gritando: —Renacuajos, volved acá. Ea, otro paseito. Sus mercedes quieren conquistarme a mí, ¿no verán? Pues aquí me tenéis. Vengan acá: soy la reina, sí, señores; soy la emperadora del Rastro, y yo acostumbré a fumar en este cigarro de bronce, porque no las gasto menos. ¿Quiéren ustedes una chupadita? Pos allá va. Desapártense pa que no les salpique la saliva; si no...

La heroica mujer cayó de improviso, porque la otra maja que cerca de ella estaba, cayó tan violentamente herida por un casco de metralla, que de su despedazada cabeza saltaron salpicándonos, repugnantes pedruzcos. La esposa de Chinitas, que también estaba herida, miró el cuerpo expirante de su amiga. Debo consignar aquí un hecho trascendental: la Primorosa se puso repentinamente pálida y repentinamente seria. Tuvo miedo.

Llegó el instante crítico y terrible. Durante él sentí una mano que se apoyaba en mi brazo. Al volver los ojos, vi un brazo azul con charreteras de capitán. Pertenece a don Luis Daoiz, que, herido en la pierna, hacía esfuerzos por no caer al suelo, y se apoyaba en lo que encontró más cerca. Yo extendí mi brazo alrededor de su cintura, y él, cerrando los puños, elevándose convulsivamente al cielo, apretando los dientes y mordiéndose después el pomo de su sable, lanzó una imprecación, una blasfemia, que habría hecho desplomar el firmamento si lo de arriba obedeciera a las voces de abajo.

En seguida se habló de capitulación y cesaron los fuegos. El jefe de las fuerzas francesas acercóse a nosotros, y en vez de tratar decorosamente de las condiciones de la rendición, habló a Daoiz de la manera más destemplada y en términos amenazadores y groseros. Nuestro inmortal artillero pronunció entonces aquellas célebres palabras: *Si fuérais capaz de hablar con vuestro sable, no me trataríais así.* El francés, sin atender a lo que le decía, llamó a los suyos, y en el mismo instante... Ya no hay narración posible, porque todo acabó. Los franceses se arrojaron sobre nosotros con empuje formidable. El primero que cayó fue Daoiz, trasapado el pecho a bayoneteazos. Retrocedimos precipitadamente hacia el interior del Parque todos los que pudimos, y como aun en aquel trance espantoso quisiera contenernos don Pedro Velarde, le maté de un pistoletazo por la espalda un oficial enemigo. Muchos fueron implacablemente pasados a cuchillo; pero algunos y yo pudimos escapar, saltando velozmente por entre escombros, hasta alcanzar las tapias de la parte más honda, y allí nos dispersamos, huyendo cada cual por donde encontró mejor camino, mientras los franceses, bramando de ira, indicaban con sus alaridos al aterrado vecindario que Montealeón había quedado por Bonaparte.

En la toma del Parque perdieron los franceses 900 hombres, entre ellos un general y 60 oficiales, y a 193 ascendió el número de los españoles que murieron aquel día en Madrid, unos luchando y otros fusilados.

NOSOTROS, NO

Lamentanse los jefes y oficiales de nuestro Ejército de que los reclutas llegan a las filas del mismo sin idea de la patria en el entendimiento y sin amor a ella en el corazón.

El hecho es cierto, ¿para qué negarlo? Pero ¿es verdad igualmente, como se asegura, que los maestros son los únicos responsables de la falta de aquella noción y de la carencia de este afecto?

De ninguna manera. Es este uno de tantos cargos que, cometiendo una tremenda injusticia, se echan sobre las débiles espaldas del sufrido magisterio español.

¿Nosotros los exclusivamente culpables de que la bandera española no sea para el mozo en los primeros días de su vida de soldado otra cosa que un trapo encarnado y amarillo suspendido de un palo?

Conciudadanos, por los clavos de Cristo, del divino Maestro, cuya sagrada pasión y muerte acabamos de conmemorar, os pido un poco más de calma y un poco más de lógica en la instrucción del proceso para depurar la responsabilidad de que los quintos entren en los cuarteles el concepto de que el servicio de las armas es un crédito que se cobra en vez de una deuda que se paga.

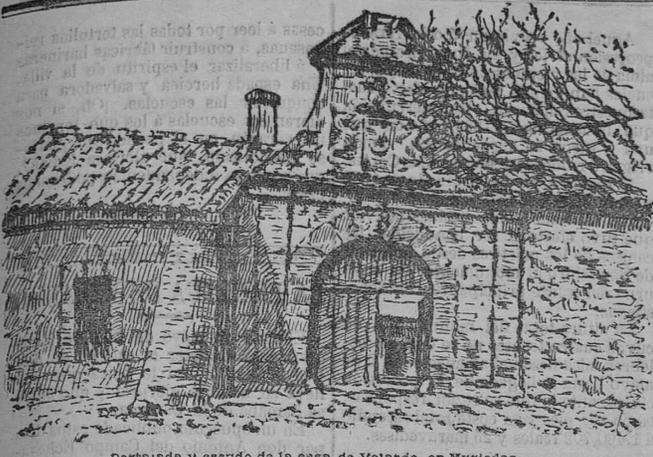
Concededme eso, que es bien poco, y seguro estoy de que el jurado se verá precisado a proclamar nuestra inocencia. Si, por torpe que sea el abogado defensor que elijamos, no dejará de convencer al tribunal de que, si es cuestionable que todos pusimos en ello nuestras manos pecadoras, no son las del profesorado primario las que con más fuerza lo hicieron.

Por mucha que sea la elocuencia del fiscal no podrá demostrar de manera concluyente que tengamos nosotros la culpa de que la *milicia* de los soldados no hayan entrado jamás en la escuela; condición esencial para que podamos cumplir el deber de decirles, por ejemplo, que hoy hace cien años murió en Madrid, a la puerta de un parque de artillería, luchando contra los franceses, que intentaban dominar a España, un tal don Pedro Velarde; que el tal don Pedro era montañés, y que Santander ha erigido a la gloria del tal Velarde una estatua en la plaza de la Dársena; y evitar así el dolorosísimo espectáculo de que la mayoría de los niños aldeanos, al ir por primera vez a la capital, pregunten asombrados a sus acompañantes *quién es y qué hace aquel hombre negro que se ha subido allí.*

Como no podrá probar tampoco que tengamos nosotros la culpa de que exista una ley que, mediante el pago de 1.500 pesetas, exima del deber de la milicia a la mitad de la otra mitad que, por haber asistido a las escuelas, pudiera dar noticias del héroe de Muriedra; ni de que, por darnos a nosotros un trato de *madrastro*, nos sea imposible despertar en el pecho de nuestros discípulos un amor a la patria como a *madre*; ni de tantas y tantas otras cosas; que pudiera alegar en nuestro descargo si tuviera más cuartillas disponibles.

LEONCIO SUÁREZ.

Armada tiene la diestra con la vengadora espada, que entre mortales amenazas vibra; levantada en alto la siniestra, en actitud de excitar al pueblo que a las puertas del Parque de Montealeón le sigue y le acompaña; pintado en el rostro enérgico y fogoso, cúmulo de agitados sentimientos que inflaman su espíritu, snardeen su sangre y dan vigor irresistible a su cuerpo; y detrás de él, como emblema del arma a que pertenece, sobre su curiosa aparece mudo el cañón, en el que resacaos besido de muerte elevosa, cuando, impotentes para rendirle, las tropas del vencedor del mundo manchaban en aquella triste jornada sus insuertes con la ignominia y la vergüenza. Desahogado, todo él en desorden, parece como que subido en aquel pedestal sencillo, rodeado de cadenas, haces y sañones, proclama ante la ciudad y su puesto el ejemplo a sus conciudadanos, para que en ocasión análoga no vuelva a temblar el corazón, y sepan, como él, de la vida en holocausto por la independencia de la patria.—RODRIGO ENADOR DE LOS RÍOS.



Postreada y escudo de la casa de Velarde, en Muriedas

A propósito...

(COMENTARIO SIN IMPORTANCIA)

Los que hacéis del pensar oficio honrado, contestadme a esta duda peregrina: ¿Es lícita expansión, ó es gran pecado festajear la memoria de un soldado que infringió la severa disciplina?...

E. CORTIGUERA.

Mayo 2, 1908.

RECUERDOS DE AÑAJÓ

Mediaba el mes de diciembre de 1808, y la tarde era por cierto de las más destempladas y sombrías. Si el reloj de la histórica Colegiata de Santillana no diera á la sazón...

Las viejas caserones de la villa echábanse sobre los entornados ojos de sus mequinos ventanales la amplísima visera de los tejados respectivos, como para defenderse así mejor del pertinaz aguacero que había convertido en un fangoso cenagal cada calleja y reclinado al ocioso vecindario á la paz y al templado sosiego de sus hogares.

De pronto, y antes de que pudiera oírse otro ruido que la quejumbrosa protesta del viento lastimado al chocar con las desnudas ramas del arbolado y el del monótono cantar de los góteriales, rompieron en descomulgada gritería los vigilantes canes, firmes primero en sus puestos de observación...

Momentos después, dando resbalones por las húmedas lastras de aquel camino, encorvados bajo el peso de las armas y de sus mojados uniformes, silenciosos y revelando en sus semblantes y miradas más que furor triste recelo, desembocaron menos de cien soldados franceses, quienes, sin entrar en el pueblo, hicieron alto, dando así reposo á su fatiga y amparo á sus aterridos cuerpos...

El capitán que mandaba el destacamento—hombre joven aún y en cuyos labios se dibujaba constantemente un asomo de franca sonrisa, con la cual se burlaba tal vez de su propia mala suerte—, aun después de ponerse al habla con alguno de los vecinos más próximos al lugar de su improvisado campamento, no quiso alojar á sus hombres en las casas del poblado, temeroso sin duda de que, subdividida así la menguada fuerza, pudiera ser, parte de ella al menos, víctima de alguna mala pasada, análoga á las que en varias partes venían ya jugando los españoles al odiado invasor.

Las Cortes de Cádiz proclaman la soberanía nacional. Y á renglón seguido declaran no dar validez á la renuncia que de la corona hiciera el rey Fernando VII.

Y mientras el pueblo español pelea y muere bajo las órdenes del marqués de las Atalayas, de el Empecinado, el Manco, el presbítero Quero, el cura Tapia y otros famosos guerrilleros, Fernando VII escribe al emperador Napoleón la siguiente carta, que subleva el ánimo y da náuseas:

«Señor: El placer que he tenido viendo en los papeles públicos las victorias con que la Providencia corona sucesivamente la augusta frente de V. M. I. y R., y el grande interés que tomamos mi hermano, mi tío y yo en la satisfacción de V. M. I., nos estimulan á felicitarle con el respeto, el amor, la sinceridad y reconocimiento en que vivimos, bajo la protección de V. M. I. y R. Mi hermano y mi tío me encargan que ofrezca á V. M. I. mi respetuoso homenaje y se unen al que tiene el honor de ser, con la más alta y respetuosa consideración, señor, de V. M. I. y R., el más humilde y más obediente servidor.—Fernando.—Valencey, 6 de agosto de 1809.»

Después de escrita esta carta, Fernando VII ocupó nuevamente el trono de España. Ha transcurrido una centuria. Un ejército negro, más numeroso que el francés, invade el suelo patrio, y su extranjero jefe no tiene ni la simbólica grandeza del vencedor de Austerlitz.

Hemos perdido un siglo. ALONSO VELARDE. San Vicente de la Barquera, mayo de 1908.

puerta y de la torneada valla de madera que separaba de los sportales el santo recinto del humilde templo, nutriendo con una y otra la confortable hoguera, en rededor de la cual dispusieron alegremente los soldados á combatir el frío intenso de aquel día, animados ya por sus rojos y confortables resplandores, no sin excitar con ello el enojado asombro de las pocas docenas de chiquillos y comadres en quienes la curiosidad de ver á los franceses había podido más que el temor que éstos mismos pudieran inspirarles.

Así las cosas, y como el frío arreciara con la proximidad de la noche, á la par que languidecía y parpadeaba ya, á punto de extinguirse, la reparadora fogata, á ella fueron á parar, entre la ruidosa algazara de aquellos hombres, el púlpito tras la tarima del altar, y aun este mismo después de entrambas cosas. Pero ello era ya demasiado para la paciente calma del vecindario, que, atraído por la noticia de la torpe profanación, formaba desasegurado grupo frente al lugar de la poco edificativa escena, y el enojo y la indignación de los de Santillana subió de punto al ver, con asombrados ojos, surgir de la semiobscuridad de la desmantelada capilla la siniestra figura de un sargento francés, que trabajosamente conducía en sus brazos la santa imagen del venerado santo para dejarla, irrevocable, caer, con perro y todo, en el centro mismo de la aún no extinguida hoguera.

Es de suponer lo que allí entonces ocurriría. Las mujeres, olvidadas de todo temor, prorumpieron en gritos y denuestos; lloraba á grito pelado, más de rabia que de espanto, la chiquillería, allí como en todas partes de suyo estrepitosas; algunos de los hombres intentaban en vano librar de la acción del fuego á su bendito santo, al que desde niños adoraron con fe ciega, al que vieron presidir sus fiestas más alegres, al que tomaron más tarde por testigo de un juramento que les unió tal vez en lazo estrecho de felicidad con la honrada madre de sus hijos; y mientras otros corrían á sus casas en busca de armas para morir matando, los soldados franceses requerían las suyas, dispuestas ya á emplearlas contra la indefensa muchedumbre...

El capitán del destacamento, el de la eterna sonrisa, quien hasta entonces no se había cuidado gran cosa de poner freno á los desmanes de sus gentes, colocóse entre unos y otros, é imponiendo á todos silencio, con ademán noble y reposado, en mal español, pero con voz dulce y persuasiva, dijo, sobre poco más ó menos, á los asombrados vecinos: «que más que nadie lamentaba él mismo, dada su profunda religiosidad, haberse visto en el duro trance de tener que mandar quemar la imagen de un santo, precisamente de su especial devoción; pero que ya sabían que San Roque era francés, de Montañuela; que había abandonado su patria siendo joven, y que el Gobierno francés le había condenado por desertor, ordenando luego que ya en vida no pudo hacerse cumplir al santo la pena correspondiente, y las tropas francesas quemarían su imagen allí donde la hallaren. Yo os ruego—terminó diciendo el capitán—que me perdonéis el disgusto que os he dado, y que no es mayor seguramente que la contrariedad que yo mismo tuve que imponerme al cumplir mis deberes de militar y las órdenes indiscutibles de mi Gobierno...»

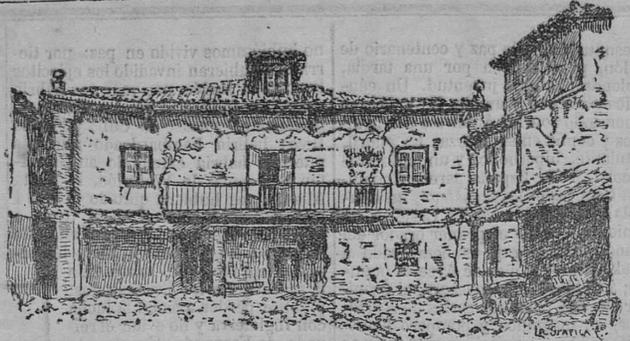
Ahora bien, amables lectores; los que de vosotros me hagáis el agravio de sospechar que puedo yo haber, apartándome de la realidad de las cosas, forjado en mi mente estos sucesos, pretendiendo luego que los toméis vosotros como rigurosamente históricos, preguntad á muchos de mis contemporáneos si no oyeron referirlos en Santillana, una y cien veces y siempre con el mismo lujo de detalles, 80 años después de ocurridos, en los propios sportales de la capilla de San Roque, al venerable anciano tío Joaquín Corvera, al último superviviente de aquel grupo de chiquillos que, en una lluviosa tarde de diciembre de 1808, contempló con espantados ojos cómo las llamas de una hoguera reducían á cenizas la venerada imagen del milagroso santo.

Por cierto que siempre que preguntáramos, ya por el sólo gusto de oír la conocida respuesta de tío Corvera, si á éste y á sus convecinos de entonces les había convenido el discurso del capitán, replicaba invariablemente el pobre viejo: ¡hombre, no nos hizo gracia la cosa; pero el francés cumplía con su deber, y después de todo, tampoco nos hubiera gustado que siendo el santo de aquí se hubiera ido á otra parte á hacer milagros!

TOMÁS AGÜERO.

Santander, 28 de abril de 1908.

El amor de la patria principia en la familia.—BACÓN.



«... y más adelante el pueblo de Muriedas, á cuya entrada, sobre la izquierda del camino, levanta humildes sus pajizos muros la casa en la que nació don Pedro Velarde, el héroe montañés del Dos de Mayo, el 19 octubre de 1779. Aquella ventana que se abre vulgar al extremo desecho de la solana, corresponde á la estancia en que el inmortal héroe, según la tradición, vino al mundo para renovar los laureles de los héroes de la montaña en otras edades; y los ojos, iluminados allí por imán irresistible, crean contemplar al glorioso oficial de artillería en su feliz infancia, tan ajeno de que su voz había de producir una epopeya!»

LA FARSA DE LA CAPITULACIÓN

El soberbio Murat, duque de Berg, estallaba de ira como consecuencia de lo ocurrido con los valientes defensores del Parque viejo de Artillería. Y para cumplir las promesas de paz poco antes hechas, mandó publicar la siguiente

«Orden del día

Soldados: La población de Madrid se ha sublevado y ha llegado hasta el asesinato. Sé que los buenos españoles han gemido de estos desórdenes; estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que no desean más que el crimen y el pillaje. Pero la sangre francesa ha sido derramada, clama por la venganza. En su consecuencia, mando lo siguiente:

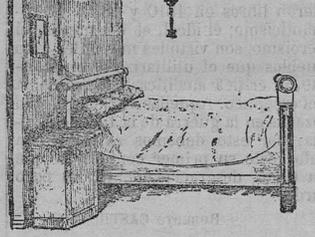
Artículo 1.º El general Grauchi convocará esta noche la Comisión militar.

Art. 2.º Todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas en la mano, serán arcabuceados.

Art. 3.º La Junta de Estado va á hacer desarmar los vecinos de Madrid. Todos los habitantes y estantes que estén después de la ejecución de este orden se hallaren armados ó conservasen armas sin una permisión especial, serán arcabuceados.

Art. 4.º Todo lugar en que sea asesinado un francés, será quemado.

Art. 5.º Toda reunión de más de ocho personas será considerada como



Habitación y cama donde nació Velarde

una junta sediciosa y deshecha por la fusilería.

Art. 6.º Los amos quedarán responsables de sus criados; los jefes de talleres, obradores y demás, de sus oficiales; los padres y madres, de sus hijos, y los ministros de los conventos de sus religiosos.

Art. 7.º Los autores y distribuidores de libelos, impresos ó manuscritos, provocando á la sedición, serán considerados como unos agentes de la Inglaterra, y arcabuceados. Dado en nuestro cuartel general de Madrid á 2 de mayo de 1808.—Joaquín.—Por mandato de S. A. I. y R.: El jefe del Estado mayor general, Belliard.»

Y ahora, dejemos hablar al historiador don Eraulio A. Ramirez, quien relata las consecuencias de esa orden del día en los siguientes términos:

«Las tropas francesas, atendiendo más á las instrucciones de sus jefes que á los límites de tan sanguinario documento, empezaron á prender á cuantos tenían la desdicha de ser descubiertos por sus ávidos ojos.

En un principio eran llevados al suplicio los paisanos á quienes encontraban una navaja, un cortaplumas ó instrumentos de cirugía, no perdonando ni aun á la inocente niña que llevase unas tijeras destinadas para las labores de su sexo; y cuando ya el número de los desgraciados que encontraban así no daban abasto á su rabiosa sed de sangre, hacían prisioneros á todos indistintamente, para que pocos instantes después fuesen arcabuceados.

En la Puerta del Sol y en la iglesia de la Soledad se sacrificaron con impía fiereza multitud de víctimas; pero el mayor número pereció en el Prado y en el Retiro, porque allí eran conducidos los infelices, que, sin preguntarles su nombre ni más ley que el capricho, eran sentenciados por la Comisión militar establecida en Correos. Sacerdotes, ancianos, jóvenes y pasajeros eran conducidos atados de dos en dos al ignorado suplicio, del que por casualidad se salvaba alguno que tenía la suerte de ser conocido por su alojado, ó que por hablar el idioma francés lograba excitar la compasión del soldado menos inhumano.

Reunidos en pelotón multitud de

sentenciados, una descarga de fusilería ahogaba sus últimos gritos, dejando á unos despedazados y á otros revolcándose en su propia sangre, iban á lanzar su postrer suspiro debajo de la tierra, porque era preciso despejar el suplicio para sacrificar las nuevas víctimas entregadas á la implacable saña de los verdugos.»

HIMNO

Contra el fuerte invasor el grito santo de patria y libertad lanzaste un día; «á vencer ó á morir», fué el breve canto de guerra que entonó tu alma bravía. Bañando en rojo, con tu sangre, el suelo, fue tu heroico morir dar vida á España; tu alma redentora subió al cielo, perpetuando el brul tu excelsa hazafia. El genio de la guerra traspuso el Pirineo, vencido por tu arranque viril de abnegación; bendito sea el mártir de aquel fiero torneo; bendito el gran Velarde, honor de la nación!

ANDRÉS SAN EMETERIO.

(1) Por no haberse recibido á tiempo la música de este himno no lo podrá cantar el Orfeón infantil de Laredo.

EL ACTUAL CONDE DE VELARDE

En 20 de febrero de 1852 se concedió á don Julián de Velarde Santiyán, hermano del inmortal don Pedro, los títulos de conde de Velarde y vizconde del Dos de Mayo, según puede verse en el siguiente real decreto:

«MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA.—REAL DECRETO.—Deseando dar un público y solemne testimonio de lo grato que es á mi real ánimo la memoria del heroísmo con que murió defendiendo el trono y la independencia de esta nación magnánima en el glorioso día de mayo de mil ochocientos ocho, el capitán del Real Cuerpo de Artillería don Pedro Velarde Santiyán, oido el Consejo Real en pleno, y de acuerdo con el de Ministros, vengo en hacer merced de título de Castilla, con la denominación de conde de Velarde, vizconde del Dos de Mayo, y facultad de usar de ambos, á don Julián de Velarde Santiyán, hermano de aquél, para sí, sus hijos y sucesores, expidiéndosele la real cédula correspondiente, libre de todo gasto por ahora y hasta que vuelvan las Cortes sobre el proyecto de ley que se les ha de presentar, con arreglo al artículo octavo de la de veinte de febrero de mil ochocientos cincuenta.

Dado en Palacio á veinte de Febrero de mil ochocientos cincuenta y dos.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Gracia y Justicia, Ventura González Romero.» Don Julián Velarde Santiyán, á quien por el real decreto arriba copiado se hizo merced de los títulos de referencia, falleció en 24 de febrero de 1875, sucediéndole en el usufructo de tan preciados títulos su hijo mayor don Pedro Velarde y de la Mota, que falleció sin sucesión en 1.º de febrero de 1888, desde cuya fecha, y por no haber sido reclamados, no los ostenta ningún otro descendiente.

El segundo conde de Velarde citadé dejó varios hermanos que aún viven: don Ramiro, viudo sin hijos, residente en Valladolid, á quien corresponden actualmente los títulos de conde de Velarde y vizconde del Dos de Mayo; doña Amalia, también viuda, que vive en compañía del anterior, y don Juan, soltero, residente en Madrid, y que perteneció á la marina de guerra.

Todos ellos, según manifestación expresa, desean renunciar á esos títulos, en atención á su avanzada edad y á no tener hijos que puedan heredarlos, en favor de su sobrino carnal don Julián Velarde y Martínez, capitán de artillería é hijo del hermano menor de aquéllos, ya fallecido. La Junta del Centenario formada en Madrid, se ha ocupado preferentemente de este asunto, y próximamente resolverá la transmisión de tan preciados títulos á favor del citado capitán don Julián Velarde, que en la actualidad es soltero.

EL RETRASO DEL CENTENARIO

¿Qué epopeya la guerra de la Independencia! Si pudiéramos olvidarla, que perdamos antes mil veces la memoria!

(CASTELAR.)

Es una lástima, una verdadera lástima, que este primer centenario de aquella epopeya no haya caído unos años antes. Perdonadme lo gedeónico de esa reflexión, suponiendo conmigo la absurda hipótesis de que el centenario hubiese caído este siglo más bajo, como acontece con ciertas fiestas móviles, y que lo conmemoramos doce ó quince años antes. Fijemos fechas. El centenario se celebra en 1892. Vive Castelar, el único orador digno de cantar la epopeya. Vive Cánovas, el organizador del centenario del descubrimiento de América. Vive Sagasta, el organizador del centenario de Calderón (1881) y de la Exposición universal de Barcelona (1888). Vive en el pueblo español la confianza en sí mismo. Viven la fe en España, la esperanza en su progreso. Subsiste la leyenda. La bandera española ondea en América y en Asia sobre territorio español... Desde 1888 á 1892, desde la Exposición de Barcelona al sufragio universal, licenciamiento del posibilismo,

HOJA DE SERVICIOS DE VELARDE

Insertamos á continuación una copia exacta de la hoja de servicios de Velarde, documento cuyo original se conserva en el archivo del ministerio de la Guerra. DEPARTAMENTO DE SEGOVIA. REAL CUERPO DE ARTILLERÍA.—Don Pedro Velarde y Santiyán, capitán segundo.—Empezó á servir, en 16 de octubre de 1793, de cadete en la compañía del Colegio de Segovia, habiéndole desempeñado 4 años, 3 meses y 11 días. En 27 de enero de 1798, de brigadier de la expresada compañía, 11 meses y 14 días. En 11 de enero de 1799, de subteniente en el 5.º y 3.º batallón; 3 años, 6 meses y un día. En 12 de julio de 1802, de teniente del 4.º regimiento; un año, 8 meses y 25 días. En 6 de abril de 1804, de capitán segundo del 5.º regimiento; 2 años, 8 meses y 24 días. En 1.º de agosto de 1804, de profesor de la Academia de Cadetes hasta fin de julio de 1806; 2 años. En 1.º de agosto de 1806, de secretario de la Junta superior; 4 meses. Total hasta fin de diciembre de 1806: 45 años, 6 meses y 14 días. Ejercicios y Cuartos donde ha servido.—En el ejército de Castilla la Vieja, en el acantonamiento en Badajoz, en los de Extremadura y Castilla contra Portugal, en 1801, y en el del reino de Galicia. Lo ha justificado.—ANTONIO DE ELOUETA.—PEDRO VELARDE. En 2 de mayo murió en Madrid gloriosamente defendiendo la libertad del rey y de la patria. Informes.—Conducta, buena; valor, no experimentado; capacidad, la tiene; aplicación, ídem; teórica: ha explicado matemáticas, práctica, algunas; inteligencia en tropa, ídem; disposición personal, buena; salud, buena; calidad: hábil de caballero cadete; edad, 27 años, 2 meses, 10 días. Patria, valle de Camargo, obispado de Santander; estado, soltero; es á propósito, tiene las mejores disposiciones y desempeñará las comisiones del Cuerpo.—MIGUEL CEVALLOS.»

Á DON PEDRO VELARDE

(Este su estatua)

En ese bronce que te muestra altivo, cual fuiste el día que alumbró tu hazafia, su adoración hoy pone la Montaña, el soldado español su amor más vivo y su nimbo glorioso el sol de España. Un nuevo Horacio proclamó tu gloria en armoniosos versos inmortales; páginas de oro te ofrendó la Historia; cómo á tanta grandeza unir la escoria de mis tristes renglones desiguales? Querier cantarte yo fuera osadía; y antes que parecer irreverente, arrojare mi plectro á la bahía; pero no sin dar suelta á lo siguiente, aunque pareciera jarro de agua fría: Te diré con dolor, angusta sombra, que aquella España que cortó los velos del águila imperial, hoy no se asombra al ver que sus laureles son alfombra de buhos y lechuzas y mochuelos.

STONE.

UN SIGLO PERDIDO

Carlos IV, María Luisa, un príncipe ambicioso y un canónigo, regían los destinos de este desdichado país cuando Napoleón Bonaparte horrorizaba al mundo con las matanzas de Eylau y Friedland y destruía en los campos de Jena la corona de Federico Guillermo. El rey, débil é indolente, sólo se preocupaba de la caza, su afición predilecta. La reina confiaba todos sus asuntos al duque de la Alcudia, y este antiguo guardia de Corps precipita la nación al borde del abismo.

El escandaloso proceso del Escorial pone al descubierto las vergüenzas y los horrores de la corte. El príncipe Fernando pretende envenenar á su madre, la reina María Luisa, para arrebatar más fácilmente la corona de su padre, el rey Carlos IV. Desgraciado el pueblo que presencia sin sublevarse las flaquezas y miserias de los reyes y favoritos!

Napoleón, desde el pináculo de la gloria, acaricia, con el mirar asesino de su alma de tirano, la corona de España. Contempla la pequeñez de sus reyes; los compra la renuncia al trono; los sujeta, los humilla, los degrada.

Juzga al pueblo español por el espectáculo que ofrecen en Bayona los reyes y favoritos asustados. Cree que un pueblo que soporta resignado la dura ley impuesta por un monarca desleal, puede ufanarse en reconocer legitimidad á una institución ofrecida por el capricho de un déspota extranjero á quien la suerte veleidosa acaricia con exceso.

Y cómo no creerlo, si el rey Fernando VII entrega complacido al gran duque de Berg, para que éste la remita al emperador Napoleón, la espada que Francisco I rindió en Pavía á Carlos V, y no hay un español que proteste del despojo! Pero los reyes siempre son reyes. Napoleón, feto de grandeza para someter á España frente á frente, engaña á Fernando VII y le lleva á Bayona, obli-

Handwritten document, likely a letter or official communication, with signatures and dates.

presupuesto de la paz y centenario de Colón, pasa España por una tardía, atolondrada, fugaz juventud. Un cándido optimismo la anima. En todo cree y por todo sonríe. Admira á sus hombres y confía en su fuerza. Es pueril, petulante, hiperbólica y un tanto bravucona. Toda España parece Andaluza. Cánovas es un monstruo, un estadista rival de Bismarck; Castelar un genio universal y el primer orador del mundo; Echegaray es comparado á Shakespeare; Núñez de Arce es popular; á Galdós se le consagra, al terminar sus dos primeras series de Episodios, en magnífico y pomposo homenaje; se hace justicia á los grandes y se engrandece á los medianos; entusiasman y admiran con razón Castelar, Galdós, Campoamor, Menéndez y Peláyo, Valera, Clarín; y la generosa nación de entonces pone en el mismo plano á figuras harto mediocres. Todos son genios, todos ilustres. Nuestro Ejército es invencible. Se botan en el Nervión unos cruceros; se les llama acorazados y se cree en la Marina. Nuestra novela es la mejor del mundo. Nuestro teatro es superior. Nuestra pintura es la maravilla del orbe. Nuestra escultura, si más deficiente, nos dió dos genios. La duplicidad es general; dos genios en la escultura: Querol y Benlliure; dos genios en la escena: Vico y Calvo; dos genios en la lírica: Núñez de Arce y Campoamor (entonces se antepone don Gaspar á don Ramón); dos genios en la política: Cánovas y Sagasta, y dos genios en la tauromaquia: Lagartijo y Frascuelo. Suponed, suponed que el centenario cae entonces á su debido tiempo; ¡qué de discursos, y de poesías, y de lienzos, y de esculturas, y de festividades! Y... hoy, ¡qué frío!, ¡qué frío!

Digámoslo con sinceridad: el pueblo no presta su calor al centenario; y, reconociéndolo con pena: los jóvenes, los españoles menores de cuarenta años, no sienten esa fecha. No es que la hayan olvidada, sino que hayan perdido antes la memoria, según el apóstrofe castelán; es que no sienten su grandeza, es que analizan los hechos, es que discuten los móviles y es que, después de analizar y discutir, sonríen petulantemente de la retórica de Quintana, del clasicismo de Gallejo, de lo amanerado de los cuadros, de lo pobre de los monumentos, de la rimbombancia de la prosa de Castelar... La juventud sonríe, descreída y fría, y no ama ni comprende la epopeya aquella que nos entusiasma aún á los que vamos ya descendiendo por el camino de la vida. ¿Qué hay aquí? ¿Qué fenómeno es este? Ni un pintor nuevo dedica un cuadro al *dos de mayo*, ni un poeta joven lo canta, á no ser buscando el premio de los concursos; sólo el maestro Galdós dedica al centenario la actividad de su espíritu, reduciendo sus Episodios paternalmente para enseñar patriotismo á la infancia. España ha pasado de aquella juventud retrasada á una anticipada vejez. Es desde 1893, desde la nefasta campaña de Melilla, egoísta, desconfiada, suspicaz. Todo lo crítico, de todo sonríe; como no tiene confianza en sí misma, en nada confía. Se ha olvidado de Castelar, y si le recuerda es para reírse de su brillante oratoria. Le suena á hueco Núñez de Arce. El premio Nobel, concedido á Echegaray, suscitó protestas y diatribas. El Ejército no es ya una leyenda, sino una ley: la ley de jurisdicciones. Ha sido imposible levantar una estatua á Campoamor y conmemorar la terminación de la cuarta serie de *Episodios Nacionales*. Se critica á Cervantes, á Quevedo, á Calderón. El centenario de la publicación del *Quijote* fue pobre, y no ha sido miserable el centenario del nacimiento de Espronceda gracias al catalán Marquina, que cantando al poeta castellano ha conquistado la hegemonía sobre la lírica española. Esta sonrisa crítica impertinente, este separarse de nuestra historia, este renegar de todo y de todos, es mil veces peor que el separatismo de una región. Y no tienen razón para su despiadada y fría negación de la epopeya. Se equivocan, porque aplican á su crítica histórica el más falso de los criterios, el basado en el utilitarismo. «Es falso—dicen—que la llamada epopeya fuese una guerra patriótica por la independencia de España. Combatieron nuestros pobres abuelos por su fanatismo religioso, por su incultura, por su misonismo y por su sujeción. Los afrancesados tenían razón. Aquellos españoles, conscientes y capacitados, vieron que las legiones napoleónicas nos traían en sus bayonetas cultura, civilización, europeísmo. ¿Qué más daba José I que los Borbones, de origen francés? El hermano de Napoleón era además mejor persona que Fernando y hubiera sido un buen rey. Lo útil hubiera sido afrancesarse. Las horas con que Fernando VII se vengó, en 1814 y 1823, de la candidez de los españoles, fueron castigo merecido para la estulicia de quienes le aclamaron *Deseado*.» Así hablan, sonrientes y desdenosos, cuando se les invita á conmemorar el centenario. No tienen razón; es parcial y falso su criterio. La invasión napoleónica, como casi todas las guerras, lejos de adelantar el progreso y sembrar ideas y civilizarse, retrasó por muchos años el desarrollo del saludable influjo francés, iniciado pacíficamente en el reinado de Carlos III. Supongamos afrancesados á todos los españoles. Nadie lucha, nadie protesta. Se admite á José I por *utilidad*. ¿Cuán superficialmente leen la distancia los que creen que hubiese sido útil á España la sumisión incondicional al Imperio! Olvidan que España no podía ser neutral, como lo pudo ser Suecia con su Bernardino. Olvidan que la amistad con Francia nos costó las derrotas de San Vicente y Trafalgar. Unido á Napoleón, rey su hermano José de todos los españoles,

no hubiéramos vivido en paz: por tierra nos hubieran invadido los ejércitos lusitano é inglés; por mar nos habría despojado Inglaterra de las Canarias, de Baleares y acaso de Cuba y Puerto Rico; habría bombardeado nuestros puertos; habría extendido su Gibraltar y, después de Waterloo, la Santa Alianza nos hubiera quitado á José I para volver á colocar en el trono á Fernando VII, como restauró en el de Nápoles á los Borbones. Nada hubiésemos logrado, inútil habría sido la sensatez de los afrancesados; y sobre perder más en la lucha con Inglaterra y no evitar el reinado de Fernando, España, sin luchar, sin sus juntas, sin su alcalde de Mostoles, sin su dos de mayo, sin sus sitios de Zaragoza y Gerona, sin su batalla de Bailén, se hubiese convertido en la Polonia de Occidente, pues nadie la hubiese respetado en el siglo XIX, desprovista de la aureola de que la rodea, hasta 1898, aquella gloriosa epopeya. El valor, la abnegación, la rebeldía, el heroísmo, el dar la vida por un ideal, aunque sea falso ó esté mal comprendido, son empresas útiles porque vigorizan y engrandecen los pueblos y los hacen respetables.

No participamos del error de abominar de aquel gigantesco esfuerzo, apreciándolo desde 1814 ó desde 1823, ni seguimos la moda de sonreírnos de las revoluciones, porque no hayamos logrado un resultado comparable al esfuerzo. Los verdaderos patriotas, los más admirables españoles de hace un siglo, no son los razonables afrancesados, sino los entusiastas liberales de Cádiz, que, luchando contra el invasor, aplicaron las fundamentales ideas de la revolución francesa, afirmaron la soberanía nacional y abolieron la Inquisición. ¿Que en 1823 una más vergonzosa invasión francesa dispersó á los hombres de Cádiz é hizo infructuoso su primitivo y colosal esfuerzo? Infructuoso no lo fué; y si la segunda invasión francesa amenguó ciertamente la gloria de la resistencia á la napoleónica, culpa fué de la sensatez y apocamiento de aquellos liberales del 23, ya tocados del utilitarismo, la prudencia y el término medio; culpa fué de su falta de audacia. En vez de declarar ridículamente loco á Fernando, debieron haber arrojado su cabeza entre las patas del caballo del duque de Angulema. Por desgracia, en 1823 les acometió la idea de lo útil, de que estuvieron libres en 1810 y 1812. El romanticismo, el ideal, el desinterés, el heroísmo, son virtudes más útiles á los pueblos que el utilitarismo, el egoísmo, la crítica analítica y la sonrisilla del escéptico. Aquellas virtudes brotan lozanas en la guerra de la Independencia; por esto debemos celebrar con calor este su primer centenario, que ha caído, desgraciadamente, un poco tarde.

ROBERTO CASTROVIDO.

«Amor de la patria! Por él realizó España su epopeya inmortal de 1808, y en aquella Constitución, que todos amamos como monumento de independencia, aparece esculpido este santo deber, como precepto que yo considero grabado en todo corazón español, y que ha sido como programa de todos los partidos: «El amor de la patria es una de las principales obligaciones de todos los españoles.»—MARTOS.

SONETO

Cual palma orillas del fecundo Nilo, árbol de libertad, crece en España; y con su pompa tiende en la campaña plácida sombra y bienhechor asilo.

En brazos de los céfiros tranquilo, no temas, no, del huracán la saña; ni que aseme blandiendo gente extraña contra tu erguido tronco leve filo.

No! que el pueblo español alzado al punto á tu defensa volará cual rayo del pueblo de otros tiempos fiel trasunto.

Cada altillo español será un Pelayo; cada libre ciudad otra Sagunto; y cada nuevo sol un DOS DE MAYO.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

(1842)

El alma española

¿Quién llevó á cabo la hermosa epopeya de la revolución española de 1808 contra los franceses y la guerra que á ella sucedió, casi única en la historia del mundo?

Los apasionamientos de escuela y de partido son causa de que la mayoría de los españoles actuales incurran en error al contestar á esa pregunta. Unos dicen que la fe religiosa del pueblo español; otros, que el amor á la libertad, innato en nuestros espíritus; aquellos, que el principio de las municipalidades, aún fuerte en los albores del siglo XIX, á pesar de trescientos años de absolutismo con los Austrias y Borbones; algunos, que el fervor monárquico y cariñosa adhesión á la ingrata persona de Fernando VII, y así cada cual, mirando hecho tan grande desde el lado pequeño de su propio sentir, no acierta á elevar pensamiento y corazón para ver desde arriba y apreciar en conjunto ese gigante período de nuestra Historia.

Un hombre sin estudios, actor principal de aquel drama, dio, á mi juicio, contestación exacta. Fue Espoz y Mina, labrador fundido en guerrillero al fuego de la santa independencia, en aquel famoso parte en que da cuenta de la famosa victoria alcanzada contra la división francesa llamada de los *Infernales*, una de las más temibles por la gen-

te escogida de que se componía. «Cada *infernál*—decía Mina—, valía por voluntario y medio de los míos; en cambio, cada alma de mis voluntarios valía por alma y media de los *Infernales*; por eso vencieron».

El alma española, agigantada en la lucha, fue quien hizo la revolución y la guerra cuyo Centenario se celebra. Esa alma que siempre ha sido, en todas las ocasiones de nuestra historia, vez y media más grande que la de sus



Muerte de Daoiz y Velarde, por CASTELLANOS

enemigos: lo mismo en Roncesvalles que en el Dos de mayo, en Lepanto que en Trafalgar y Santiago de Cuba; en las Navas que en Bailén y en el Caney. Vencedores ó vencidos, con jefes ó sin ellos, los españoles han demostrado siempre un temple de corazón no superado por pueblo alguno. Cuando han tenido quien supiera dirigirles, vencieron como en Pavia, en Cerinola, en Castillejos; cuando faltó el hombre superior, fuimos vencidos como en la Invencible, en Rocroy, en 1898. Unánimes para que ese alma se vigoree; depongamos diferencias, seamos un solo pueblo, una sola nación, y seremos un solo hombre cuya alma, templada al santo amor de la patria, valdrá siempre esa vez y media en que Espoz y Mina apreciaba la de sus voluntarios.

B. RODRIGUEZ PARETS.

La procesión cívico-militar del 2 de mayo y el monumento del Campo de la Lealtad

Para celebrar el aniversario de la tremenda hecatombe ocurrida en Madrid el 2 de mayo de 1808, todos los años se organiza tal día como hoy, en la iglesia de San Isidro el Real, de la coronada villa, una procesión cívico-militar, formada por todas las autoridades civiles y militares de aquella, y por diversas representaciones, la cual, después de recorrer largo itinerario, se disuelve en el Campo de la Lealtad, hoy plaza de este nombre, ante cuyo monumento son rezados algunos responsos y desfilan las tropas de la guarnición y de los cantones que han formado en la carrera.

El origen de esta procesión cívico-militar data de 1814, año en que las Cortes, «con ocasión de ser el próximo el primero de su instalación en la capital de la Monarquía» y accediendo á una petición formulada por el Ayuntamiento de Madrid en 23 de marzo de aquel año, dispuso al siguiente día que se celebrara con gran pompa para conmemorar el aniversario del 2 de mayo de 1808, que se exhumaran, para trasladarlos á la iglesia de San Isidro, los restos de don Luis Daoiz y don Pedro Velarde y los de las víctimas sepultadas en el Prado de San Fermín y en la Florida, y que en el Campo de la Lealtad se elevara un monumento que perpetuara la memoria del heroísmo del pueblo de Madrid. Entonces fue cuando se bendijo y cerró con una verja de hierro el Campo de la Lealtad.

El 1.º de mayo de aquel año, fueron trasladadas las cenizas de Daoiz y Velarde desde la iglesia de San Martín al Parque de Artillería, teatro de sus heroísmos, y al siguiente día se las condujo procesionalmente, y con gran pompa y aparato, al Campo de la Lealtad, donde la comitiva recogió las de los restantes mártires de la patria, dirigiéndose después á la iglesia de San Isidro, en cuya cripta quedaron depositados los gloriosos restos.

Por causas á que no permanecieron ajenos Fernando VII y sus consejeros, la fiesta de 1814 fue la primera y la última que por entonces se celebró, no volviéndose á cumplir el acuerdo de las Cortes hasta 1820, año en que por iniciativa del Ayuntamiento se elevó un mausoleo en perspectiva en el Campo de la Lealtad, haciéndose entonces entusiastas y muy sinceros votos de no dejar hasta ver realizados los proyectos de las Cortes de 1814, en lo que á la construcción del monumento conmemorativo se refería.

En efecto, en abril del año siguiente, comenzaron las excavaciones, en las que tomaron parte, á petición propia, 477 madrileños, entre los que tenían representación todas las clases de la sociedad: nobles, militares, simples obreros, siendo casi todos parientes de las víctimas inmoladas por Murat. El 2 de mayo siguiente se colocó la primera piedra, y á su lado se depositó una caja de cristal que contenía un ejemplar de la Constitución de 1812, copias de



Obelisco del Dos de Mayo

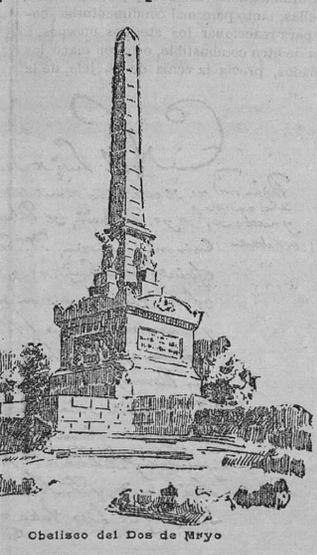
los decretos de 2 de mayo de 1811 y 24 de marzo de 1814, listas de los diputados á Cortes y provinciales y de los individuos del Ayuntamiento; un ejemplar de cada uno de los periódicos del día en que se verificó la ceremonia, medallas alusivas á ésta y diversas monedas.

El 28 del mismo mes y año sacó á concurso el Municipio el proyecto de monumento, siendo premiado el del arquitecto mayor del Rey, don Isidro Velázquez, quien se encargó de la construcción de la obra.

Esta fue empezada con entusiasmo y en breve tiempo recibió gran impulso, pero después, la escasez de recursos por un lado—el monumento era costeado por suscripción popular—y por otro, el poder de ciertas influencias que no podía evitar el señor Velázquez por la índole del cargo que desempeñaba en la corte, fueron causa de que la actividad con que se empezaron las obras decreciera en tal forma que llegó un día en que quedaron totalmente suspendidas.

Llega con el año 1823 la restauración del poder absoluto, y el Ayuntamiento de Madrid, obedeciendo á las elevadas personas que deseaban la desaparición de cuanto recordara al Gobierno constitucional, acordó en 12 de junio extraer los documentos y demás objetos depositados en los cimientos de la obra; acuerdo que fue aprobado por el Rey en 13 de marzo del año siguiente, y en su consecuencia, aquéllos fueron sustituidos por una copia certificada del acuerdo firmado por Francia, Rusia, Austria y Prusia en el Congreso de Verona, otra de las bases matrimoniales de Fernando VII con doña María Josefa Amalia de Sajonia, y muchos más documentos tan impropios como los mencionados, del lugar en que se depositaban.

No por haberse hecho la sustitución que dejamos mencionada fueron reanudadas las obras. Había gran interés en que el monumento no se levantara, y lo poco construído, que fue deshecho en su mayoría para extraer los documentos primeramente depositados, sirvió hasta 1836 de algo que podía llamarse verdadero público.



Obelisco del Dos de Mayo

Inútil es decir que durante tan largo período de tiempo no se celebró ceremonia alguna que conmemorara el aniversario del 2 de mayo. En 1836, el Ayuntamiento acordó que se cumplieran los decretos de las Cortes de 1814 y que las obras del monumento fueran reanudadas en seguida, como así se efectuó, sustituyendo nuevamente los documentos encerrados en la caja de cristal por otros más en armonía con lo que significaba el monumento.

Aquel año volvieron á celebrarse la procesión cívica y los funerales por el alma de las víctimas del 2 de mayo, los cuales han venido teniendo efecto hasta nuestros días, sin otra interrupción que la ocurrida en 1863, año en que una y otros se suspendieron, dando origen á ruidosos debates en las Cortes.

El obelisco quedó terminado en 1839 y su inauguración fue solemne y grandiosa, así como la manifestación cívica que tuvo efecto al ser conducidas las cenizas de los mártires desde la iglesia de San Isidro al monumento, en cuya urna del frente principal fueron depositadas.

La altura total del monumento, en cuyos cuatro frentes no se deja de celebrar misa desde el amanecer del 2 de mayo hasta la llegada de la procesión cívica, ante la que se rezan responsos, es de 104 pies y su coste total ascendió á 1.460.702 reales y 25 maravedises.

D. A. MORAIS.

La España, unida, siempre sabrá resistir cualquier agresión que se intente contra ella, porque no en balde somos descendientes de los defensores de Sagunto y de Numancia.—ARGÜELLES.

Á LA TIERRA MONTAÑESA

Quando el honor de España, su alta gloria, su sacra independencia, peligraron, alientos nuevos, nuevo sé cobraron en tus fraguras de inmortal memoria.

¡Oh, tierra, cuna de la patria histórica! ¿Qué verdes laureos á tu prez faltaron, madre de tales hijos, que aclamaron trono la huesa y el morir victoria?...

En dura ausencia con afán soñada, con ansia loca en el dolor querida, nacer en tí fué dicha no igualada;

mas ya ese bronce de advertirnos cuida, que es la mejor fortuna y más honrada dar, ¡oh, patria!, por tí, la dulce vida.

JUAN GARCÍA.

1880.

LA CRISIS DEL PATRIOTISMO

Todas las crisis nacionales por que atravesamos arrancan de la gran crisis del patriotismo. Se nos educa en los egoísmos más repugnantes, y no puede haber ni patria ni familia si no se glorifica la abnegación. De la misma manera que han logrado los enemigos de la libertad ridiculizar el ser liberal, haciendo de moda y elegante el ser reaccionario y rezador, han logrado también poner en ridículo la generosidad y el quijotismo. Con esta educación, con este concepto de lo noble y lo gallardo, se ha matado todo el espíritu de abnegación. Y puesto que á un gesto bello se le ridiculiza; puesto que á un acto generoso y de sacrificio se le llama groseramente, puercamente, criminalmente, *primada*, ¿qué alma individual ni nacional vamos á tener aquí?... A fuerza de consagrarse el egoísmo y la pillada, llamándolo mérito y saber, la marranería espiritual se hace ama de todo. Y con los espíritus que no se lavan, que no se purifican, pasa lo que con los cuerpos: se llenan de costras, y no sienten ya ni los roces suaves del agua bienhechora ni el arte exquisito de perfeccionarse...

No se trata en la glorificación de un centenario como el que se celebra ahora de conmemorar salvajemente matanzas furiosas de pobres hombres. Soy enemigo de toda guerra, por justificada que esté: primero que nada es no matar. Se trata de ensalzar la pasión patriótica y heroica, olvidando la sangre derramada. Esta es la cuestión, á mi juicio: *Se trata ó debe tratarse de poner en alto, como suprema virtud, el heroísmo, todos los heroísmos*. Atravesamos, pues, la más honda crisis de una vida nacional, porque nadie es héroe ni nadie es patriota. Pasamos hace poco por la vergüenza más grande que puede pasar nación en el mundo: nos echaron de América derrotados material y moralmente. Pues nadie ha cantado la derrota con desesperación, salvo el gran profeta Costa, ni nadie ha cantado el himno del levantamiento... Toda la literatura francesa, todo el dinero francés, todo el saber de los hombres grandes en Francia, se comovieron allí después del desastre. Y no hay nada que no se salve con heroísmo y amor fuerte.

Esto es lo que hay que hacer aquí, pero no lo dejan hacer. Levantar el espíritu, levantar el honor, alzar el corazón por encima de pequeñeces, no lo dejan hacer aquí. Es cursi todo lo que no sea egoísmo ó hipocresía. Entre esto y el miedo que hacen correr para que nadie emita su pensamiento y enseñe su corazón, la individualidad y la nacionalidad son un abismo inmenso.

Toda nuestra crisis arranca de la del patriotismo, y ésta de la perversa educación que se nos da: hombre á hombre hay que enseñarles á ser héroes. El heroísmo está en trabajar, en educarse, en defender la justicia con la vida entera, en levantarse contra los malos gobernantes, en glorificar al maestro y á la escuela, en tener el más alto concepto del honor... Pero este heroísmo, este patriotismo, este verdadero modo de hacer patria sin guerras de sangre, ni guerras religiosas, no lo dejan hacer aquí. Esta solemne y gloriosa creación de una nueva patria querida, no la dejan hacer aquí los que no la sienten poéticamente, los que no sienten nada dentro de su corazón blanqueado...

Por eso quisiera yo una espada como la de Velarde; yo, que también desciendo al cabo del guerrillero Juan Obeso, que volvió de las prisiones fran-

cesas á leer por todas las tertulias reinosanas, á construir fábricas harineras y á liberalizar el espíritu de la villa. Una espada heroica y salvadora para conquistar las escuelas. ¡Oh, si nos dieran las escuelas á los que tenemos un corazón en el pecho ¡Qué glorioso patriotismo, qué gloriosa España, qué gloriosa independencia podríamos crear!...

R. SÁNCHEZ DÍAZ.

LA ESTATUA DE VELARDE

El día 2 de mayo de 1880 se inauguró en Santander la estatua de don Pedro Velarde, en la plaza que hoy lleva su nombre glorioso y que antes se llamaba de la Dársena.

En un opúsculo publicado estos días por don Antonio del Campo Echevarría, «La estatua de Velarde», se recuerda que la idea partió del insigne don José María de Pereda, «quien publicó—dice—en *La Abeja Montañesa* un artículo enalteciendo la memoria del héroe del 2 de mayo. Hubo de pedir Pereda un sitio digno donde inscribir el nombre de Velarde ó, cuando menos, que fuese colocada una lápida conmemorativa en la casa de Muriedas donde nació. Al día siguiente, el distinguido pintor madrileño don Esteban Aparicio, catedrático de Dibujo por aquella época en el Instituto de segunda enseñanza de Santander, apoyó con entusiasmo la idea y propuso, también desde las columnas de ese periódico, que se levantase una estatua á Velarde en el centro de la nueva y espaciosa plaza de la Dársena. La proposición fué acogida con gran calor, y á los pocos días se formó una Junta encargada de gestionar cuanto se relacionase con el proyecto.»

Con fecha 3 de junio de 1864 repartió la Junta una circular excitando al pueblo montañés á que se suscribiese para reunir los fondos necesarios, y esta circular, firmada por los iniciadores, directores de los periódicos locales y personalidades más salientes de la población, dió muy pronto resultados los más satisfactorios, encabezando los donativos la Diputación provincial y el excelentísimo Ayuntamiento con cinco mil pesetas cada uno.

El primitivo proyecto del monumento fué hecho por el afamado escultor señor Piquer, que diseñó el plano y los bocetos del pedestal, de la estatua y de los bajos-relieves, pero la muerte le arrebató antes de que pudiera verlo terminado.

Seis meses después de repartida la circular—y esto demuestra lo bien que los elementos montañeses á ella respondieron—en 31 de diciembre de 1864, comenzaron las obras de cimentación, á cuyo acto se le revistió de gran solemnidad.

Rápida fué la ejecución de esta primera parte de la obra; pero realizada que fué la construcción del pedestal, pareció que los entusiasmos decaían y que la hermosa idea con tanta brillantez comenzada iba á tener un fin desastroso. Quince años permaneció el pedestal solo, rodeado de una valla, sin que durante ese tiempo renaciesen ni las gestiones ni los entusiasmos. Y si la idea volvió á tener actualidad, y si al cabo de tantos años logró verse realizada, ello se debe á los esfuerzos y á la constancia con que tomó sobre sí el empeño el gobernador civil que fué de esta ciudad, don Francisco Javier Ca-

muño. En efecto, apenas posesionado de su cargo este señor, hizo cuestión de amor propio el ver realizada tan generosa idea, y sus esfuerzos no cayeron en el vacío, antes bien, dieron por resultado, el que, entre los varios propuestos por la Academia de San Fernando, se eligiese al escultor don Elías Martín, quien comenzó acto seguido su obra, tardándose dos años hasta que fué fundida en la fábrica de cañones de Trubida en bronce de cañones inútiles, concedido por el Gobierno con fecha 26 de julio de 1866.

El acto de la inauguración de la estatua, verificado el día 2 de mayo de 1880, revistió grandísima solemnidad, y fué un día de verdadera fiesta para el pueblo.

Entre los varios números de festejos que aquel día se celebraron, figuró el estreno de un *Himno á Velarde*, cantado por el orfeón *La Sirena*, el primero que hubo en Santander, y que ahora, con motivo del Centenario, ha vuelto á organizarse para tomar parte en las fiestas y cantar ante la estatua del héroe el mismo himno que cantó en 1880.

La música del Himno á Velarde es original de don Fernando Garmendia y la letra, de don Alfredo del Río, es la siguiente:

Hoy el pueblo alborozado al ver tu estatua erigida canta la preciosa vida que diste al pie del cañón.

Pues si hallaste así la muerte por la libertad luchando, tu nombre está pregonando los triunfos de la nación.

El pueblo donde nacido guarda fiel en su memoria grato recuerdo de gloria que de tu muerte brotó.

Por eso canta orgullosos cual buen hijo de Pelayo las glorias del Dos de mayo que con tu sangre escribí.